

DISCURSO

Pronunciado por don TULIO OSPINA VASQUEZ, Presidente de la Academia Antioqueña de Historia el 7 de agosto de 1904, el día de su inauguración.

Jamás se habría levantado mi atrevimiento hasta dirigiros la palabra en ocasión tan solemne como la presente, si vuestra benevolencia no me hubiese obligado a ello, dispensándome el honor de colocarme en este sillón presidencial, vacante y enlutado por la muerte de nuestro primer Presidente, el doctor Manuel Uribe Angel, quien, al agregar honra a este puesto con su ciencia y sus virtudes, lo hizo más comprometedor.

Inaugúrase hoy, solemnemente, la Academia Antioqueña de Historia, honrando con este acto uno de los días gloriosos de la Patria. Feliz idea, porque ella nos sugiere que en las labores que emprendemos debemos inspirarnos en los sentimientos de honor, de patriotismo, de imparcialidad y de verdad que hicieron grandes a nuestros próceres. Sin esas virtudes, la obra del historiador, lejos de ser útil y fecunda, será falsa y corruptora.

Como nuestra Academia inicia apenas sus trabajos, no podré ceñirme a la práctica que señala, como tema principal de este género de discursos, la reseña de la obra ejecutada; y habré de adoptar, como el más adecuado, el delineamiento, a grandes rasgos, del campo que se abre a nuestra actividad, señalando aquellos claros y errores que de preferencia reclaman atención en la historia de esta sección de la República que, por la naturaleza misma de las cosas, tendrá que ser objeto principal de nuestros estudios.

A primera vista parecerá que la historia de una Provincia pequeña, que apenas cuenta cuatro siglos y medio de vida civilizada, pasados cuatro quintos de ellas en la apatía del régimen colonial, con una población pobre y reducida, no ha de dar pábulo suficiente a las investigaciones de una Academia de Historia; pero ningún pueblo es demasiado insignificante para que no sea digno de estudio su desenvolvimiento, si desde el principio exhibe la energía, la elevación de carácter y el vigor físico e intelectual que algún día puedan conquistarle un puesto distinguido entre las naciones civilizadas. La familia caldea que, celosa de sus creencias, hace cuarenta siglos alzó su tolda de Ur y se trasladó a Canaán; y el puñado de aventureros congregados 1.300 años más tarde en la ribera del Tíber, y que, andando el tiempo se convirtieron, aquella, en el Pueblo escogido, cuya influencia religiosa experimentará el mundo hasta el fin de los tiempos; y éste en la nación que más ha contribuido a la civilización del globo, no fueron en sus comienzos ni más importantes ni más respetables que la pequeña colonia fundada por Jorge Robledo, a mediados del siglo XVI, en el corazón de estas montañas, y que fue el principio de lo que hoy llamamos con orgullo el Departamento de Antioquia.

Tomada en toda su extensión, desde la época en que por vez primera la planta humana holló nuestras selvas centiseculares, la historia de Antioquia principia tan atrás como la de los más viejos pueblos de la Europa.

Permitidme que presente esta atrevida afirmación, primicia de un estudio de varios años, como tributo de gratitud y respeto a nuestra naciente Academia, mientras que la publicación de su órgano impreso me hace factible el dar a luz un trabajo completo sobre el particular.

El hombre cuaternario, el salvaje primitivo, contemporáneo de los extinguidos mastodonte y caballo curvidente, cuyos restos he reconocido en

los terrenos cuaternarios de Betulia y Manizales; el recio y audaz cazador que habitó el continente europeo cuando había allí más fieras que hombres, y antes de que las vetustas civilizaciones de China y el Egipto tuviesen sus albores, existió también en Antioquia, en época tan remota que un lago cubría el suelo del recinto en que nos hallamos reunidos, y se podía navegar por encima de los ricos aluviones auríferos de Santa Rosa y de San Pedro.

Un canaleta o reno de madera incorruptible, que sirvió al hombre cuaternario, ha sido hallado a siete metros de profundidad, en los suburbios de la última población; y yo he reconocido las huellas de sus habitaciones lacustres, y sus bizarros objetos cerámicos en las capas de arcilla de La Zúñiga y el Guamal, de donde se alimenta nuestra industria alfarera; he recogido sus instrumentos característicos de piedra, tallados a golpes y no pulimentados, en los cascajos y arenas del río Aburrá, y en las colinas que circundan este valle, desde la confluencia del Riogrande hasta la cordillera del Cardal; en fin, en esta última localidad, he explorado dos tumbas sui generis, cubiertas por una capa de humus que sólo en el curso de decenas de siglos ha podido acumularse.

Ved, pues, que la existencia del hombre en Antioquia no es demasiado reciente para merecer nuestras investigaciones como historiógrafos, como anticuarios o como etnógrafos; porque las tres ciencias de donde se derivan estos nombres arrancan de un punto de partida común.

Y no se crea que entre aquel punto inicial de nuestra historia y la época en que los acontecimientos conocidos se suceden sin interrupción, existe un vacío inllenable. Pero al llegar aquí, permitidme que extienda mis investigaciones a todo el continente americano. Mientras que por su extremo norte penetraban invasiones sucesivas de los pueblos asiáticos primitivos, esbeltos y espigados, en que predominaban el tipo turco y judío, con su cráneo dolicocefalo, su cara larga, nariz recta o aguileña y mandíbula inferior fuerte y saliente, tan notable aún entre los indios de Méjico y los Estados Unidos, en la América del Sur desembarcaba, traída acaso allí por las corrientes y los vientos, una colonia de la misma casta que pobló la China y el Japón, y de cuyo desembarque, en el paraje que más tarde se llamó Puertoviejo, se conserva la más clara tradición entre los quechuas. Mezclándose estos hombres, ya relativamente civilizados, con los autóctonos cuaternarios, dieron origen a otra raza, rechoncha, pequeña, prógnata, de cráneo braquicefalo, cara redonda, nariz chata y ojos oblicuos. Estos dos grandes grupos que por los dos extremos emprendían la colonización de nuestro continente, más aún que en el físico diferían en el espíritu de sus lenguas, en la forma de sus casas y de los artefactos de cerámica, y en algunas de las armas que manejaban, porque los meridionales ignoraban el uso de la flecha, y empleaban la estólica, desconocida de los septentrionales. Y no eran menos diversos las creencias, el carácter y las costumbres de unos y otros: mientras que los del Sur eran sabeístas o idólatras, abyectos, pusilánimes y respetuosos de la vida humana, los del Norte aparecen, con raras excepciones, chamanistas, valerosos, independientes, dados a los sacrificios humanos y, con frecuencia también, al canibalismo.

Ambas invasiones alcanzaron a pasar del uno al otro hemisferio, aunque la septentrional avanzó más que la meridional, llegando hasta Chile por las vastas llanuras que forman la vertiente occidental de los Andes; y envolviendo el grupo principal de la segunda, que se extendía desde Boyacá, por Cundinamarca, los extinguidos Andaquíes, Pasto y el Ecuador, hasta los confines del Perú.

Ahora bien, como Antioquia ocupa la gran cordillera que permite cruzar por tierra sana y enjuta hasta la depresión y angostura que constituye el Istmo del Darién y Panamá, fue ella camino obligado de muchas de estas grandes avenidas humanas, que dondequiera que se encontraban, ya se confundían pacíficamente, ya, con más frecuencia, se disputaban a vida o muerte el territorio, y al tiempo de la conquista española se hallaban aquí representadas, en tribus diversas, ambas razas y el fruto natural de su cruzamiento. Fue esta circunstancia feliz la que, poniendo a mi vista tan gran diversidad de tipos y de costumbres, y despertando mi curiosidad investigadora, me ha llevado de sorpresa a las conclusiones que acabo de exponer.

Confieso que estas ideas sobre los pobladores primitivos del continente americano difieren en mucho de las generalmente aceptadas; pero, cuando pueda presentáros las con el lujo de argumentos y de pruebas que las abonan, no vacilaré en someterlas a vuestra sana e ilustre crítica.

Todo lo relativo a los aborígenes, que a grandes rasgos acabo de bosquejar, constituye uno de los mayores vacíos y la más copiosa fuente de errores en nuestra historia local; porque nuestros historiadores, ya confundiendo a los indígenas en un grupo uniforme, los han calificado sumariamente de caníbales bestiales, sumidos en el más hondo salvajismo, o ya, repitiendo servilmente, la absurda clasificación de Pedro Simón, los dividen, sin distinguirlos ni definirlos, en los tres grandes grupos que aquel llamó Catíos, Nutabes y Tahamíes.

Por eso vemos a un historiador de nombre colocar en una misma agrupación a los Caramantas y los Ebéjicos, tan distintos entre sí como los españoles y los rusos; y a los Nutabes y Chachamíes, que por un error ridículo se ha dado en llamar Sopetranes, atribuyendo a un cacique imaginario el nombre de la advocación, conocidísima en España, de la imagen de la Virgen que, al poblarlos, se les dio por patrona. Y por eso el mismo historiador enrola con los Nutabes a los Itagüíes, Niquías y Aburráes, antiguos habitantes de este valle, y restos desgraciados de la raza meridional que los mismos Nutabes habían extinguido y devorado, casi totalmente, en las mesetas de Rionegro y Concepción.

Y para apoyar el cargo general de salvajismo, se afirma, sin prueba alguna, que todos andaban desnudos, porque ignoraban el arte de hilar y de tejer; cuando basta leer los expedientes de las primeras visitas residenciales practicadas en la Provincia, para cerciorarse de que no sólo pagaban los indios sus tribus a los encomenderos en ovillos de hilo y en unas telas de algodón que éstos llamaban lienzo de horcón, sino que esos artefactos servían de moneda a los colonos, pero hay más, el mismo Jorge Robledo, en una relación original, que parecen haber desconocido cuantos de historia han escrito entre nosotros, describió minuciosamente los vestidos de algodón de casi todas las tribus que conquistó en este territorio; y Fernández de Oviedo, que recibió sus datos directamente de Badillo, en el Capítulo 30, Libro XLV de su *Historia general y natural de las Indias*, al hablar de los indios de Antioquia, dice así: "todas las gentes de estas Provincias traen mantas, como los de Nicaragua, y las mujeres lo mismo". Véase, pues, que la afirmación de que nuestros indios hilaban, tejían y se vestían, como lo dice el escritor a quien vengo refiriéndome, en la sola autoridad de Cieza de León, cuyo testimonio es también concluyente e intachable. Y no cito a Simón, Castellanos y Gomara porque pudiera argüirse que copiaron de Cieza.

Si la historia no se escribe para distracción de los ociosos, sino para sacar de ella conclusiones útiles e instructivas, el conocimiento exacto del carácter de nuestros aborígenes y su actitud para la civilización es punto de la mayor importancia; porque favorecido el cruzamiento de conquistadores y conquistados por el aforismo que aceptó la Heráldica española desde el siglo XVII, de que la sangre india ni quita ni da nobleza, este elemento étnico penetró tan hondamente en la masa de población de todas las colonias que ha venido a decidir del carácter de las nacionalidades que de ellas se originaron; de aquí el que observemos, en los chilenos la constancia, el orgullo y la ferocidad de los araucanos, la apatía y la abyección de los quitos; y en los mejicanos, el patriotismo y la progresibilidad de los aztecas. Entre nosotros mismos hay gran diferencia de carácter entre el cundinamarqués y el boyacense, que ocupan el territorio de los chibchas, de casta peruana, y los altivos habitantes de Antioquia y el Cauca, principalmente poblados al tiempo de la conquista por indios de origen septentrional.

Al pasar el período de la conquista es penoso encontrar los mismos errores y deficiencias que en la época que la precedió. Los itinerarios de los conquistadores son, por lo general, incompletos e ininteligibles, y ninguno de nuestros historiadores da cuenta de la expedición de Robledo hasta las márgenes del Nechí, al Norte de Anorí, después de la conquista de este valle; ni ha habido quien suministre los detalles de la conquista y colonización del Este y Nordeste de Antioquia, realizadas por el doctor Francisco Martínez de Ospina, aunque ellos existen en los archivos coloniales.

Pero ¿qué mucho que esto suceda, si hay quien ignore la verdadera situación de la primitiva Antioquia, principio de toda la conquista, sacándola del valle de Nore, junto al pueblo de Frontino, para colocarla indistintamente, ya al pie del cerro de Buriticá, ya en el asiento de Cañasgordas? ¿Si hay quien escriba que Robledo fue herido por las armas, y sitúe la loma de los Pozos en donde realmente tuvo lugar aquel acontecimiento, en la ciudad de Salamina, cuando la famosa loma, con las huellas del pueblo indígena, la ha señalado la tradición auténtica de generación en generación, al sudoeste de Pácora? ¿Si hay quien haga morir al desdichado Valdivia y a sus compañeros en el valle de ese nombre, siendo así que Herrera Campuzano, en la relación de su primer viaje, y cuando aún vivían varios de los actores en aquella carnicería, le asigna como teatro el paraje conocido, hoy mismo, con el nombre de La Matanza, a orillas del río Sanandrés?

Pero dejamos la vena de estos errores veniales, en cuanto no ejercerán influencia en las aplicaciones trascendentales de la Historia, para considerar uno que sí las afecta en grado notable. El mismo historiador cuyos conceptos hube de rectificar antes, contradice siempre sin pruebas ni citación de documentos, mi aserto, hecho en otra ocasión, de que los encomenderos contribuyeron con sus crueldades a la destrucción de los indios. Bien me guardaré de fastidiaros con la relación de todos los hechos en que fundé mi afirmación y que consta en expedientes archivados en la capital; pues para justificarme, uno solo me bastara, curioso en sus detalles y concluyente en su autoridad, porque se trata nada menos que del hijo del más notable y benévolo de nuestros conquistadores, conquistado, él mismo, el general doctor Alfonso de Rodas Carvajal, hijo del doctor Gaspar, y que por ser mestizo y llevar en sus venas sangre americana, debe suponérsele excepcionalmente benigno para con sus encomendados. Pues bien, este alto personaje después de consumir casi totalmente sus encomiendas de San Jerónimo del Monte y los Yamesíes, en las mortíferas minas de Zaragoza, trajo los restos a unirlos con la que tenía en su hato del Guayabal, al sudeste de Belén, en el antiguo

pueblo de los Aburraes. Allí les hacía trabajar, sin darles el sustento necesario, y si alguno se resistía le azotaba hasta desollarle; y luego, para aumentar su tormento, le ungía con una tintura de sal y ají. Estas fechorías le valieron al general el ser condenado en 1621 a 7 años de destierro, más una multa de 300 castellanos para la Real Cámara y una indemnización de 3.500 a favor de sus indios vivos y muertos, aplicable respecto a los últimos en misas y responsos. Decidid vosotros mismos si tales procedimientos, repetidos por casi todos los encomenderos, contribuirían o no a la destrucción de los indígenas.

Y ya que tocamos la Historia antigua de este risueño valle, permitidme que rectifique algunos de los errores que respecto a ella andan por allí en letras de molde. La primera fundación española que hubo aquí, el Hato del Ancón, de don Gaspar de Rodas, no fue en Copacabana, sino en el paraje que por esa razón se ha llamado hasta el día Hatoviejo; la primera población con calles y plaza, templo y capellán, fue el Poblado de San Lorenzo, fundado por Herrera Campuzano, con más de trescientos indios traídos de Ebéjico y norte en 1615, y en el paraje que conserva el nombre de "El Poblado"; y no en 1640 y en el lugar que ocupa Medellín. El documento en que se relatan estos hechos y se describe la pintoresca procesión de indios y caballeros de golilla que trajo desde Antioquia la imagen del Santo Patrono, visible aún en el templo de San José, es de los más curiosos de nuestra historia antigua.

Perdonad, señores, si ocupo vuestra atención con estas pequeñeces del período colonial, en cuyo análisis hemos entrado ya, porque creo que a nadie dejan de interesar hasta los más mínimos detalles, si ellos se refieren a su casa y su terruño. Período es éste de los más dignos de estudio, por el admirable desarrollo de la vida municipal; y debido a que fue entonces cuando se formó el carácter de nuestra raza, tan generalmente apreciada por aquellas buenas calidades que ya, por desgracia, empiezan a menguar; porque ningún pueblo podrá desarrollar sus tendencias naturales, si sus legisladores y sus gobernantes se inspiran en un centro extraño y, aun quizá opuesto, en ideales y aspiraciones.

No por su excepcional importancia está más libre de errores esta época de nuestra historia. Haciendo a un lado los de menor entidad, me limitaré a citar dos de los que considero más trascendentales, no sin hacer constar que ha habido escritor que, al abordar esta parte de la Historia, declare indignos de fe todos los documentos públicos emanados de las autoridades coloniales durante los siglos XVII y XVIII, para poder discurrir a su antojo sobre el desarrollo económico y social de la Provincia; y que para suponer una riqueza pública, que no existió, establezca, como un hecho inconcuso, que todos los antioqueños defraudaban el Erario; esto sin perjuicio de contradecirse luego, haciendo grandes elogios de la honradez y respeto a la autoridad que distinguían a los colonos.

Probablemente con el propósito de desconocer la influencia del clero y de la religión católica en la formación de nuestro pueblo, se ha escrito que la gran mayoría de los antioqueños permaneció, por largo tiempo, aislada en medio de las selvas, con sus mujeres e hijos; y que todos los sacerdotes de la Provincia, durante el siglo XVII, desempeñaban sus ministerios en la ciudad de Antioquia. Esto revela una crasa ignorancia de las leyes que hacían obligatorio el sostenimiento de un capellán doctrinero donde quiera que existía un establecimiento industrial dotado de cuadrilla de esclavos o encomienda de indios, como lo estaban casi todos los de la época; leyes que se cumplían escrupulosamente, porque las pocas infracciones que ocurrían eran castigadas con la mayor severidad.

También se ha informado, para desvirtuar el verdadero carácter de nuestro Gobierno colonial, que todas las autoridades de aquel tiempo eran extranjeras, siendo un hecho demostrable que no lo fueron ni la quinta parte de ellas.

Y, ¿qué pensar de la audaz afirmación de que el Oidor Mon y Valarde, padre y regenerador de Antioquia, fue un monstruo de tiranía y de crueldad, que organizó entre nosotros la Sala del Tormento? ¿Dónde existió tal Sala? ¡Que el Oidor torturó a un empleado concusionario, para que entregara los fondos públicos que ocultaba; que estableció los azotes como pena correccional! Pero, señores, si la tortura y los azotes eran canon de las leyes españolas de aquel tiempo, y se aplicaban para casos semejantes en todos los dominios de la Corona desde Madrid hasta el Cabo de Hornos!

¿Y qué lógica es ésta? ¡El Oidor Mon era un cruel tirano, porque mandaba azotar a los ladrones; y los encomenderos, que fustigaban hasta desollarlos, a los indios inocentes, fueron benignos e inofensivos!

Hemos llegado ya a la época de la Independencia, que ofrece a nuestra consideración un cúmulo de sorprendentes revelaciones. La Provincia más recóndita y atrasada del Virreinato se convierte en cuna de sabios y de héroes como Zea y los Restrepos, Córdoba, Girardot y Mejía. El clero más timorato del país abraza, casi sin excepciones, la causa de la Independencia. El pueblo más respetuoso de las autoridades se lanza, sin vacilar, en la revolución; y luego ese mismo pueblo, que tanto amó antes y después del Gobierno autónomo, armónico con su carácter y fuente de su prosperidad, constituido ya en Estado federal, sacrifica sus intereses al bien común, y propone al Gobierno Nacional que centralice los ramos de Guerra y Hacienda, para dar estabilidad a las instituciones. Finalmente, allí aparecen los que más necesitaban de los esclavos, por la dureza de las faenas mineras y el rigor de los climas donde generalmente se ejecutan, suprimiendo, los primeros, la esclavitud.

¡Qué fenómenos éstos tan dignos de vuestro estudio!

Escrita la historia de nuestra participación en la epopeya nacional por el decano de los historiadores colombianos, oriundo de estas montañas, ella está más libre que ningún otro período de errores y omisiones; sin embargo, no puedo menos de denunciar algún rigor, explicable por cierto, respecto a los jefes españoles: a nuestro Gobernador Sánchez de Lima se le increpan sus vicios y su ligereza; pero no se le pone en cuenta lo que hizo por la Provincia, estableciendo colegios, favoreciendo las mejoras materiales y resistiendo las órdenes para perseguir a los patriotas, lo que le hizo caer en desgracia en la Corte Santaferña.

Al abordar la historia de nuestra vida republicana, semillero inagotable de errores, no tanto en los hechos cuando en las apreciaciones torcidas por las pasiones insanas que han ensangrentado y arruinado a la Patria, me abstengo de continuar este análisis que, por otra parte, va haciéndose tedioso por lo extenso. Muéveme a ello el temor de no ser suficientemente imparcial al juzgar acontecimientos en que han figurado en primera línea personas que me son demasiado caras y allegadas; porque considero sacrílego a quien, sin sentirse exento de toda pasión o prevención, penetre en el templo de la Historia: a su entrada, como a la puerta de las mezquitas musulmanas, debe el hombre purificarse.

El desprecio de esta verdad, unido a la falta de estudio y al prurito de abonar ideas preconcebidas con argumentaciones casuísticas, han contribuido

a acumular los errores que os he puesto de presente. Por lo mucho que he dicho y por lo más que callo, y que vosotros no ignoráis, juzgaréis la magnitud de la obra de rectificación que el país tiene derecho a esperar de vosotros.

Pero no olvidéis que los hechos comprobados son el único material que es permitido emplear en la construcción del monumento secular de la Historia; y una crítica sana e imparcial, la sola argamasa con que es lícito ligarlos.

Escribir historia bajo otras condiciones es, cuando menos, perder el tiempo y hacerlo perder a los lectores; y si el asunto atañe a la honra de hombres y partidos, es hacer lo que un caballero y un cristiano no hacen jamás, es calumniar, con carácter permanente y a mansalva, y con el propósito deliberado de torcer el criterio de la juventud estudiosa, esperanza perpetua de la Patria.

He dicho.

